

EL RADICAL

SEMANARIO POPULAR

TORTOSA

Sábado 24 de Mayo de 1913

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza O'Callaghan, núm. 5

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Trimestre. 0,75 pesetas

Pago anticipado

La unió

Per mil·lonésima vegada, los republicans, los deliciosísimos republicans espanyols, tracten de reorganizar-se, de fusionar-se, de formar l'ensomiat bloc formidable que ha de caure damunt de l'estat actual de coses pera aplanar-ho tot, pera transformar-ho tot, pera fer una Espanya noveta de trinca aont cada pela-gats dels que avui suspiren per l'adveniment de la gran reforma, quedarà convertit en un Lerroux aristocràtic, enveja de la odiada clergalla carcunda, sobre ls bens de la qual s'exercirà la més escrupulosa desamortisació.

Per mil·lonésima vegada tracten d'unir-se ls republicans espanyols i per mil·lonésima vegada trobaran, palparan que no'n saben, que no hi poden, perquè pera la unió es necessària la unitat de mires, la admissió d'únic programa, cosa impossible de conseguir perquè no seran tan tontos los caps de fraccions i fraccionistes (*fraternes*, això sí) que renunciïn a les propies aspiracions, a les «llegítimes» aspiracions propies, a les mires i ambicions personals en que cada un d'ells fa consistir lo seu programa polític, estúpidament acatat per una colla més o menys numerosa d'analfabets; i que ho fase en benefici d'un altre contrincant, d'un coralment odiat per la raó de ser del mateix ofici.

En defensa d'una idea se poden unir centenars i milers de persones de totes castes perquè'l triomf d'aquella idea pot ser d'interès per totes i cada una d'elles; pero en defensa del recapte individual i de la ambició particular es impossible la unió entre ls que veiguen lo joc i tinguen també ls seus interessos particulars, que pel sol fet d'existir ja han de ser oposats als dels altres. Turba ignara, multitud inconscient, massa inerta atreta per l'engany i sostinguda per la mentida, això sí: qui tingue més labia i la cara més dobla serà'l qui n'arrossegarà més; pero aixís es com s'impossibilita cada dia més la unió.

Y, no obstant, a Tortosa se farà, mellor dit, s'ha fet; a Tortosa ja fa temps que no existixen les divisions entre republicans. An esta *Jauja* del republicanisme espanyol igualment se donen centenars de vots al repre-

sentant del blasquisme valencià, que s'aplaudixen les procacitats del *ais-tós* Soriano, que s'omplin les butxaques de Lerroux o les tripes indefinidament elàstiques de D. Pedanci. Lo bon republicà tortosí ha d'estar disposat a aplaudir lo mateix los discursos *patriòtics* dels que s' desfoguen contra les aspiracions dels «separatistes» catalans quan demanen que no ls róbiquen tant desde Madrid, que les lamentacions dels nacionalistes, air representats per «El Pueblo» quan recorden la Catalunya dels furs i privilegis, i tarannegen lacrimosament estrofes dels «Segadors»...

¿Que com s'explica? Potser no hem sigut exactes al dir que pera la unió es necessària la unitat de mires i aspiracions; parlant en estricta propietat, lo que basta pera la unió tal com aquí existix i s tracta de consolidar, es que no hi haigüe diversitat d'opinió... Centenars de pedres s'unixen per a formar una casa; centenars de grans de blat s'unixen pera ser molts, pastats i cuits fins a formar un pa; centenars de carrolls de raim entren a la portadora, són arrossegats del carro i s'unixen estretament al cup, baix los peus dels premsadors pera enriquir lo celler de la masia...

Demà, de les onze del matí a les quatre de la tarde aniran los republicans tortosins entrant i surtint per la porta gran del cassino del carrer del Seminari, tots uns, *units* i compactes com si fossen carrolls, com si fossen garbes rosses, com un movible carregament d'obra acabada d'arribar de la pedrera, votaran lo nou Comité que rebrá estóicament la noticia del *triomf*, s'en aniran a dormir aquella nit en la tranquil·tat, en la satisfacció de qui ha complert un dever sagrat i no's recordaran més dels noms dels elegits ni de les tendencies que cada un d'ells representa dins de la *unitat* del complexè armònic, i mentrestant l'únic que no dorm, perquè no hi ha res que espabile més que la fam, l'organizador de tota aquella comedia de la qual ni ls mateixos actors ne saben entendre l'argument, anirà rumiant com ho farà pera aprofitarse miller de la consistencia d'aquells pedrots inerts, de l'esperit revifador d'aquell vi novell desconexedor de la seua propia força i de les propietats alimenticies d'aquella pasta indiferent a ser sacsejada, torrada al forn i devorada avidament...

La fuente de la felicidad

Ya estaba allí el regalo más esmerado: acudía a recibirlo toda la casa, desde papá hasta la cocinera, y en todos los ojos se reflejaba la curiosidad, el asombro, al ver aquella caja monumental, de una forma rara, *frágil, frágil, frágil*, en todas sus tablas, dejada cuidadosamente por dos mozos sobre la alfombra de la antesala.

—¿Aquí?

—Sí, déjenla ahí.

Y las maderas van saltando, apartanse papeles, lúchase con el embalaje, y el anhelo crece.

—¿Qué será? ¿Qué será?

Porque aquel picaro había tenido la mala idea de enviarles el talón sin especificar en él lo que venía facturado, y sólo en una carta de dos líneas daba a entender que su regalo sería el más original de todos y tal vez el mejor. Por algo era el amigo más amigo de la casa, y el más querido por ella también. ¿No era así?

—Ayúdame, Ramón: no sé qué es esto, no puedo levantarlo.—dijo sofocada mamá.

—¡Si es un Cristo!—exclamaron todos.

Sí, un magnífico Cristo agonizante, una soberbia escultura en la que palpaba la tortura infinita del divino moribundo.

—¡Vaya un regalo de boda!—gritó Ramón—¡ni que fuera monja!

—¿Y dónde lo pone Maruja?—preguntó papá.

—Sitio para este Santo Cristo tan grande, no tienes en casa—dijo mamá—sólo para él se necesita una capilla...

—No exageres, mamá, no es tan inmenso. Quizá en el dormitorio estará bien.

—¡Jesús, qué miedo!—chilló la cocinera.

—¡Qué demonio de hombre! ¡Regalar eso, regalar eso! Como si no hubiese en donde él está cosas más bonitas y más útiles...

—No, pues le he de poner una carta...—se fue diciendo papá.

Y tras él, todos se fueron.

Todos menos Maruja, que muy sería se quedó contemplando su nuevo regalo.

«Veo desde aquí la cara de extrañeza, y de disgusto tal vez, que

todos habréis puesto ante el pobre recuerdo que te envío.

Era una carta que Maria había encontrado sujeta a los pies del Crucifijo.

«Hubiérais preferido, no lo niegues, una vagilla de plata, una ara, un bronce artístico, menos aún, un juego de té, unos cubiertos, un bibelot cualquiera, cualquiera de esas infinitas tonterías inútiles que se regalan a los que se casan.

Yo te quiero más que todo eso; mi deseo sería el poner en tu canastilla de boda la felicidad. Yo te la deseo con toda mi alma. Bien sabes que de vosotros, a quienes siempre he tenido por tan míos, tú has sido la niña preferida, porque has sido la más juiciosa, la más lista, la más bondadosa... ¡Qué! ¿No quieres que siga por ese camino? Bueno, pues volvamos a lo mío.

Hace treinta y cinco años—ya ves si es viejo lo que voy a contarte—en vísperas de mi boda, subí un día con mi madre a la habitación que iba a ser mia. Lucía, su madre y su hermana nos esperaban allí. Era aquello la última ojeada, al ver si cada cosa estaba en su lugar y si estaba bien en donde estaba y si me gustaba a mí.

Lucía me iba mostrando todo, me hacía fijarme en pormenores en los cuales yo, un hombre, jamás me hubiese fijado.

Además, tenía la felicidad demasado cerca para que mis ojos se desviaran hacia la prosa de la vida, prosa confortable y escogida, si quieres, pero prosa al fin.

—¿Ves?—me decía Lucía—este sofá lo he puesto así porque su tono dice bien con esa luz tamizada... Las cortinas rojas en tu despacho lo harán siempre serio... Aquí, en el comedor, esos bodegones de Tenirs estarán bien, ¿no?... Ese es el mejor sitio para ese aparato de luz... ¿Te gustan las sillas?... ¿Te parece bien esa Virgen de Angélico en nuestro cuarto?...

Y etc., etc., etc.

Más en el salón, ¡horror de los horrores! En el sitio mas visible de él, en el lugar de preferencia, colgado sobre la tapicería del muro, un gran Crucifijo de marfil y de ébano, desentonaba. Al menos, desentonaba para mí solo.

¡Ojalá hubiese visto en cualquier rincón del salón una estatua pagana ó un Rubens de los más sobrios, ó siquiera, siquiera, un amorcillo de

esos inocentes que se encaraman por los jarrones ó juegan entre las guirnalidas de los relojes Imperio. Entonces, poniéndome muy grave, le hubiese dicho, rogándole que me perdonase la observación:

—Mira, Lucía, esa imagen de Cristo no está bien ahí, desentona de ese marco profano...

Pero no, allí, en el salón, todo era digno y noble, y rico y alegre también.

Me callé entonces. Aguardé á después de nuestra boba, esperé hasta el regreso de nuestro viaje.

—¿Y eso? ¿Qué papel pinta eso en el salón—le dije entre bromas y veras.

Los ojos de Lucía se nublaron un poco. Tal vez fué aquélla su primera tristeza.

—Eso me dijo—hace en el salón el papel que debe hacer, el de dueño de la casa, el de amigo querido y agasajado, de rey de nuestras alegrías y de nuestras amistades y de todas nuestras cosas...

Si te estorbases donde está, quitálo, pónlo en donde quieras, pero yo no seré quien de arrebaté ese sitio.

—Lo quitaré, pues—pensé. Pero, sin saber por qué, no me atrevía á ello.

Entre tanto, las visitas que venían para mí las recibía en mi despacho. Me daba vergüenza de que aviesen mi salón como un altar con su Cristo en medio.

—Ni yo mismo, yo solo, entraba allí.

Y fué pasando el tiempo, y los años, y nuestro nido resonó con voces de ángeles, hasta cuatro ipobre Juanito mío! si él hubiera vivido, no se te llevaría ahora ese perillán de Luis—y la felicidad se nos entraba por las puertas, cada día más dulce y amable, una felicidad tranquila y placida, un sosiego de vida como yo jamás lo hubiera soñado.

—Es El—me dijo un día Lucía—es por quien somos felices.

—No entiendo—le contesté.

Y tomándome de la mano, me llevó al salón.

—Por El, ¿entiendes ahora?—insistió señalándome el Crucifijo.

Desde el principio le dimos posesión de nuestra casa y le dedicamos el sitio preferente, y El ha aceptado, y al poseernos nos ha hecho dichosos, porque su posesión es paz y es felicidad y goce...

—¿Tú lo crees—le interrumpí.

—Pues si no fuera por El, ¿serían buenos nuestros hijos? ¿Serían buenas nuestras amistades? ¿Sería buena yo? ¿Serías bueno tú?

¡Bueno yo! ¿Se burlaba de mí?... Demasiado me conocía á mi mismo... Pero, en fin, era un buen marido, un buen padre... acaso se refería á eso Lucía...

Y siguió pasando el tiempo, y los años, y yo sabía ya á quien se debía la paz de mi hogar, y notaba que suavemente, muy suavemente, pero muy invencible también, el Cristo del salón iba tomando su sitio de honor en mi alma...

¿Adivinas ahora, Maruja, el secreto de mi regalo?

¿Verdad que no te va pareciendo tan extraño?

Te he dicho mil veces que es muy grande la dicha que deseo para ti. He estado pensando días y días en como podría yo contribuir á esa dicha, y contribuir con algo que fuera al mismo tiempo recuerdo de mi afecto y gala de tu hogar.

Ahí tienes esa gala, ahí tienes la fuente de tu felicidad. Por experiencia sé lo abundante que es esa fuente...

Y contemplando el magnífico Cristo, Maruja veía ahora su casa y su salón, abierto siempre, y en él—Luis no se opondría á ello—el Crucifijo, dueño del hogar, rey de la familia, marcando con sus brazos extendidos la hora de la bendición y del amor...

J. LE BRUN.

El peligro de mañana

Si no se organiza á los obreros en sindicatos católicos, tendrán que entrar en los sindicatos franca ó socialpadamente socialistas.

Lo previó León XIII hace veinticinco años; los hechos han confirmado su previsión.

Donde nuestros obreros no tienen la fortaleza del Sindicato católico en que guarecerse, más ó menos rápida ó lentamente van cayendo prisioneros de las sociedades de resistencia; van cayendo en esos moldes donde, según ellos, se mete á un obrero creyente y se saca un renegado y socialista.

Cuando esas sociedades de resistencia acaparan y tiranizan el mercado del trabajo en una localidad, el obrero católico ya no es libre para rechazar la sugestión socialista. La resistencia es el hambre. Pedirle que no se haga instrumento de ellas para ultrajar á su fe, es pedirle que renuncie á trabajar y que se resigne á la miseria y la persecución.

Quizá es pedirle demasiado. Debemos devolverle la libertad dándole medios para resistir. Y no hay otro medio hoy que el Sindicato.

El socialismo aún no ha organizado más del 3 por 100 de los obreros españoles.

Si no vulgarizamos rápidamente el Sindicato católico, en pocos años organizará el 30 y 40 por 100. Y si ahora con 140.000 obreros hace tal estrépito y es ya como el matón nacional, ¿qué hará cuando tenga un millón organizado? ¿en qué pesadilla de persecución no vivirán la Iglesia y los católicos? ¿qué Gobierno será posible? Esos santos patronos que ahora ponen tan insensatos obstáculos al sindicato católico, ¿qué harán entonces? ¿en qué horrible cuerda floja los harán bailar?

Hace años que vengo denunciando ese peligro á gritos, á clamores, á gemidos. El peligro avanza cada vez

más rápidamente. Entonces no llegaba la Unión General de Trabajadores á 75.000 hombres; hoy ya se aproxima á los 150.000; hoy ya tiene la máquina revolucionaria de la Unión ferroviaria; ya ha comenzado á sindicarse á los maestros; ya ha comenzado á encender la lucha de clases en los campos, organizando á los campesinos.

Todavía son pocos, todavía son un número muy pequeño en relación con todo el proletariado; pero ¿y mañana? mañana serán un ejército irresistible si continuamos en nuestra pasividad, en nuestra lentitud imprudente.

Yo leo todos los días *El Socialista*. Su obsesión contra la Cruz y el catolicismo es aún más cerril y tenaz que contra el capitalismo. Ved un ejemplo: un número de hace pocos días publicaba:

Unos versos para ridiculizar las cruces que los católicos han puesto en sus balcones.

Un artículo fustigando á los obreros que consienten que sus hijos tomen la comunión.

Otro injuriando á Constantino y ridiculizando la cruz.

Un telegrama anunciando la violación de una joven por un cura.

Una larga información donde se habla de «la mojiganga de cruces»; «de la podredumbre social que las cruces tapan»; se rien «de la dichosa crucecita»; «de la santa madre Iglesia ó santa cuquería», «del remiendo que Cristo vino á echar al mundo»; llaman, en fin, cornudos á los que han puesto colgaduras y cruces.

El número siguiente traía:

Una caricatura sobre la «ferocidad» del catolicismo.

Unos versos diciendo que lo único grande y hermoso de las fiestas de la cruz ha sido el beso vendido en la calle por la Fornarina (que ella ha rechazado como calumnioso).

Una información en la que se habla de lo recaudado para los tuberculosos, y que llegará á ellos «sino se atraviesan curas».

En otro se habla de la cruz «pasado por agua»...

Y con esa bazofia envenenada y esta paja se alimentan los odios anticlericales en las sociedades de resistencia donde la suscripción á *El Socialista* es obligada y donde se hace activa propaganda para sus ideas y para su caja.

Y esa será mañana la musa inspiradora del proletariado, si nosotros no cambiamos de táctica, si seguimos, como ahora, á paso de burro, distraidamente, beatíficamente.

S. N.

LANCES DE HONOR

¿Te ofendo?—Esgrimes la espada ó disparas la pistola... ¿Y qué resulta?—¡Ahí es nada!

una burla descarada ó una vida que se inmola.

¡Siempre en tu daño!—Si muero, se interpondrá en tu camino mi espectro, rígido y fiero, que infundirá al caballero sobresaltos de asesino.

Si inútil el arma falla en un impúdico y vano simulacro de batalla...

¡te fustigará la tralla, que cruza el rostro al villano!...

Y tendrás que convencerte de que ni al mundo divierte ni tu linaje depura la muerte en caricatura ni el estrago de la muerte.

¡No! Después del desafío persistirá mi desvío en humillar tu ativez, porque, aún probando tu brío, no me pruebas tu honradez.

Cuando dudo de tu honor y ante la opinión te emplazo, ¿no hallas defensa mejor que gritar: «Tengo valor para asestarte un balazo?»...

Ya mi mente te divisa, grave el porte y hósco el gesto. Ya el juez del campo te avisa y vas á ocupar tu puesto, y no siempre vas de prisa.

Una, dos, tres... ¡Adelante! Tirate á fondo... ¿Has errado? No importa... Lo interesante es llegar á aquel instante en que son de bombo anunciado!

¿Quedan tus manchas lavadas porque has saciado tu furia?... Al chocar de las espadas, ¿son hazañas blasonadas los ultrajes de la injuria?...

Yo tu valor no disento, y aunque intrépido ó astuto me arrolles ó me desarmes, no restarás dos adarmes á las culpas que te imputo.

No acrisolas tu virtud, ni disfrazas tu maldad, ni enmiendas tu ineptitud. ¿O es que tu brava actitud garbea la impunidad?

Quizá convertir intentas mis rigores en afrentas que ha de vengar tu denuedo, porque tu valor... es miedo de que se salden tus cuentas.

Lo cual, pese á la osadía de tu diabólico alarde, hacer, en suma, sería del duelo una hipocresía, del que se bate un cobarde.

Sin contar que, en caso igual, la ley el impetu ataja y declara criminal al que fía á la navaja su defensa personal.

Y la diferencia irrita por el contraste que acusa, pues no es cuerdo que se admita una ley para la blusa y otra para la levita.

II.

¿Te ofendo?... Satisfacción debe encontrar tu decoro en mi propia confesión... Que no fué nunca desdoro la justa reparación.

Ni siempre sería y exacta á la razón se acomoda la fútil, esté el pacto que la retórica pacta con la farsa y con la moda.

¿Insisto, aleve y artero, en tu deshonra y tu mengua?... ¡Ah! no soy «un caballero», y de hierro, no de acero, merece grillos mi lengua.

¿Acaso á tu dulce nido vil ladrón, robé la calma?... —¡Pues tu desquite es lucido si caes á mis pies herido en el cuerpo y en el alma!...

Vénceme en la franca liza del proceso duro y recio, que el vejamen puntualiza... O condéname al desprecio... con paliza ó sin paliza.

Y protesta por impio, por ridículo é ilegico, de que aun tengamos vacío el lugar del desafío en el Museo Arqueológico.

Blasón de casa arruinada, en cuyo muro deshecho escribió una mano osada: *La mejor razón la espada, «el plomo el mejor derecho»*,

Ni los prestigios devuelve, ni los agravios redime, ni los delitos absuelve... Ni tus empeños resuelve, ni mis desmanes reprime.»

Panorama

El señor Lerrooux ha ido á Galicia, según dice su órgano madrileño, á labrar conciencias».

En los discursos que ha pronunciado ante los labradores gallegos, que se dedican á otra labranza más ruda que Lerrooux y ganan menos dinero, les ha prometido trabajar por la redención de los foros.

Hace algún tiempo, decidió Lerrooux hacerse abogado aprobando «en horas veinticuatro» todas las asignaturas de la carrera, merced á la benevolencia de ciertos «personajes docentes», entendiendo que lo único que le faltaba era tener bufete.

¡Diantre de hombre! Ora piensa redimir los foros, ora proyecta redondearse con el foro.

Y no hace lo mejor que podía hacer: retirarse por el foro.

Por cierto que en ese viaje por Galicia, Lerrooux no se decidió á ir á la Coruña, porque, hombre modesto de suyo, no quiso ser objeto del homenaje brillante y ruidoso que le preparaban los socialistas.

Los cuales, además de tener ya los dedos metidos en la boca para silbarle, pensaban hacerle una preguntita: qué había hecho de 800 pesetas que un periódico lerroouxista recogió en una suscripción para los obreros de Altos Hornos.

Esas pesetas no llegaron á su destino y los socialistas desean saber qué fué de ellas.

Y Lerrooux, por no satisfacer esa curiosidad malsana, no fué á la Coruña.

Se comprende. Allí eran, por lo visto, los socialistas quienes pensaban labrar conciencias.

En las próximas elecciones generales que se celebren en Italia, presentará su candidatura una mujer: la literata Gracia Deleda.

En España sería derrotada esa señora y no llegaría á sentarse en nuestro Congreso.

Pues la gente de menos perspicacia sabe ya de antemano que no hace falta en él ninguna [Gracia Deleda] teniendo allí á Soriano.

En el ministerio de Fomento está empleado un señor Gordón, que no va nunca á la oficina; esto no tiene nada de particular, porque probablemente el señor Gordón no hará allí maldita la falta y además, de hojas como esa, está llena nuestra parra burocrática.

Lo que sí tiene algo de particular es que ese señor Gordón, según dice un periódico de Madrid, ande por España haciendo propaganda ácrata.

La gran vida. Holgando á cuenta del Estado y haciendo propaganda contra el Estado.

Teniendo tal idea del tupé y su valor, no me extraña que sea Gordón ese señor.

Con una desaprensión semejante, debe de ser fácil llegar á los cien kilos.

AMADIS.

BOCADILLOS

De las diligencias practicadas por la policía en averiguación un crimen cometido en Madrid hace algunas semanas, resultan graves cargos contra un capitán del ejército.

La prensa publica minuciosos detalles de las gestiones policíacas, y arrastra por el suelo el nombre y la honra de ese militar, cuya culpabilidad no se ha demostrado todavía; y con ser ya mucho, de ahí no pasa.

Cuando se atribuye á un sacerdote la comisión de un delito, también la prensa publica los trabajos que practican los tribunales para esclarecer el hecho.

Pero ya no se para ahí la prensa noticiera.

El crimen de que se acusa al sacerdote mancha á toda la clase sacerdotal y á todos se les envuelve en el ambiente de odio creado alrededor del acusado, que suele resultar inocente como ha ocurrido en todas las infamias inventadas de unos diez años á esta parte.

Se inspira en la justicia esa conducta observada por la prensa que vive de la perreta?

Se trata del *Chato de cuqueta*? ¡Pobre *Chato*! Era un desequilibrado.

¿Se trata de Sancho Alegre? ¡Pobre Sancho! Es un anormal.

¿Se trata del capitán Sanchez? A ese no se le defiende todavía, pero las acusaciones van directa y únicamente contra él y contra su hija.

¿Quién sería tan loco que se atreviera á culpar al ejército del delito que haya podido cometer uno de sus individuos? Ello fuera el colmo de la insensatez y de la injusticia.

Porque haya un zapatero borracho, ¿se acusará de borrachos á todos los zapateros?

Porque haya un labrador holgazán, ¿cabe afirmar que son holgazanes todos los labradores?

De que haya un abogado torpe, un médico descuidado, un republicano vividor, ¿se podrá deducir que todos los republicanos son unos vividores, descuidados todos los médicos y torpes todos los abogados?

Como no sea un redactor de *El Pueblo* nadie se atreverá á sacar esas consecuencias.

¿Pero el acusado es un sacerdote, un religioso?

Pues venga de ahí.

«¡Los crímenes de los conventos!»

«¡Los ensotanados haciendo de las suyas!»

«¡Las monjas que matan!»

«¡Los frailes asesinos!»

Y el pueblo lee esos títulos en el periódico anticlerical, y los escritores anticlericales hacen su Agosto, explotando la credulidad de la gente sencilla y burlándose de la vergüenza y de la dignidad.

¿Por qué ocurre ello así? Porque ni los sacerdotes ni los frailes ciñen espada, ni las monjas llevan revólver, ni á su favor hay en España una ley que se llame «Ley de jurisdicciones».

¡Son muy valientes esos periodistas anticlericales!

Copiándolo de otro periódico, dice *El Pueblo* que si se repartiera entre los franceses la cantidad que aquel Gobierno destina al mantenimiento del ejército, tocarían á cada familia cinco mil pesetas.

¿Pero no es republicana la Francia? ¿No dijo *El Pueblo* que donde manda la república reina la justicia?

Pues ¿cómo *El Pueblo* se permite censurar á la república francesa?

Es que el semanario republicano

es un 'olla de grills, y cadascú canta com li dona la gana.

¡También eso es de *El Pueblo*!

«En la Patria de la Libertad, Igualdad y Fraternidad se ha dado el bochornoso espectáculo de mancillar el derecho á pensar y sentir.»

Fues ya lo ven Vds., señores republicanos; si esto ha ocurrido en la Patria de la libertad, si esto hacen los gobiernos republicanos, ¿cómo nos dicen Vds., cada día que donde hay república reina la justicia?

Reinará la justicia republicana, que ya nos dice *El Pueblo* en qué consiste: en mancillar el derecho á pensar; conque... si 'n vols més, para al cabás.

El Pueblo no quiere que á los niños se les enseñe cuantos y cuales son los mandamientos de la ley de Dios.

....el 4.º honrar padre y madre; el 5.º no matar;... el 7.º no hurtar, el 8.º no levantar falsos testimonios ni mentir; el 10.º no codiciar los bienes ajenos.

No quiere *El Pueblo* que se diga á los niños que está prohibido el matar, el mentir, el hurtar...

¿Qué moral les enseñará Marcelino á sus discípulos?

Y si les enseña esa moral, ¿por qué impugna desde *El Pueblo* su enseñanza?

Un colaborador de *El Pueblo* escribe: «no estamos satisfechos que se nos trate como *borregos de carga*».

¿Habrá que tratarles como periodistas de *cornaló*?

Nota. Ese colaborador es de *fora vila*.

¡Anda, anda, y como se *entretienen* los republicanos franceses en dar gusto a la guillotina!

La semana pasada ya ha caído otro en brazos de la *viuda*, según llaman ellos á ese instrumento de la muerte.

El guillotinado había cometido un asesinato con circunstancias horribles, es verdad, pero no tan horribles como las que acompañan los crímenes de algunos asesinos españoles, en favor de los cuales se ha pronunciado toda la intelectualidad republicana.

Pero en Francia nadie ha chistado, y ne han temblado las esferas ni se ha conmovido la *Europa consiente*.

Por lo visto esa *señora* no se estremece más que cuando en España se discuten actos de justicia.

¡Vaya una *tía* que es la Europa Consciente!

Un alcalde de cierto pueblo ha prohibido que se celebre la manifestación obrera del 1.º de Mayo.

¡Debía ser éste un alcalde español y reaccionario!

No, señor, fué un alcalde francés y republicano hasta las cachas.

Pero que, por casualidad, tuvo sentido común, y no quiso tolerar que una manifestación obrera se convirtiese en anarquista.

